

nada de la segunda; y esta carta es ya tan larga, que me precisa á dejar cortado el hilo del discurso para volverlo á reanudar en la siguiente, donde examinaremos el sentido de la palabra *religioso*. Hasta ahora no hemos hecho más que bosquejar el plano, trazar las primeras líneas del cuadro, señalar la base del gran edificio que pretendemos levantar, y amontonar materiales para su construcción: sigamos trabajando ayudados de la gracia, y pronto veremos gozosos el fruto de nuestros trabajos. Asienta bien en tu corazón y en tu memoria lo que te he dicho en ésta sobre el estado religioso, y guarda lugar para lo restante, que no es poco. Termino ésta encomendándome á tus oraciones y rogándote que no olvides en la presencia de Dios á tu P. en Cristo,

FR. A.



XII

EL NOMBRE DEL RELIGIOSO Y LA VIRTUD DE LA RELIGIÓN.

Religiositas custodiet et justificabit cor.
La religiosidad guarda y justifica
el corazón.

ECLI. I. 18.

Qu^{erida} estimada Margarita: Quedamos conformes el otro día en dedicar la presente á estudiar el sentido de la palabra *religioso* con todos sus adherentes, dando á conocer la rica mina que hay encerrada en ella; y esta me parece la ocasión más oportuna para ponerlo por obra. Esa palabra la pronuncian muchos y la entienden pocos, porque pocas son las personas que conocen su significado teológico y su valor ascético; y por eso es muy de actualidad sacar á relucir lo que está escondido en el seno de ese vocablo, al parecer tan sencillo.

¡Religioso! Este es el nombre que se da por antonomasia á la persona que vive totalmente consagrada al servicio de Dios: *religioso* es el nombre del que, siendo á un mismo tiempo inmolador y víctima, se ofrece á sí propio en sacrificio y se inmola en holocausto perfecto, sobre el ara santa en el fuego del amor divino: *religioso* es el nombre de aquel que por razón de su estado debe

ser la virtud de la religión personificada y puesta siempre en ejercicio; el nombre que, al pronunciarlo los labios de quien lo lleva debe dejar en ellos una dulzura más grata que la miel de los panales; el nombre, en fin, que debe servir de espejo al que con él se engalana, para mirarse en ese espejo y consultar con él los defectos que le afean y las cosas que le embellecen.

Este nombre viene del verbo latino *religare*, que significa volver á ligar una cosa, porque la religión nos liga á Dios con nuevos lazos y de nuevos modos, y así se llama religioso el que está ligado á Dios con nuevos vínculos, con nueva y amorosísima lazada. El hombre ligado naturalmente por su origen con Dios, su Creador, lo estaba también sobrenaturalmente por la gracia con que Dios le había enriquecido; pero el poder de la voluntad humana es tan tremendo, que el hombre pudo romper, y rompió de hecho, los lazos sobrenaturales que le unían con el Eterno. Roto este vínculo y separado de Dios por la culpa, fué necesario en cierto modo que el mismo Dios se humanara y se hiciera hombre, para redimir al hombre y volverlo á unir consigo, anudando el lazo que en mal hora el hombre había hecho pedazos. Mas este nuevo lazo de la redención de Cristo rómpelo con harta frecuencia el cristiano ingrato, por nuevos y repetidos crímenes que le apartan de Dios y de aquí la necesidad que tienen todos los fieles de hacer nuevos esfuerzos para ligarse otra vez con Dios mediante la gracia misericordiosa de Jesucristo, que á nadie se niega; y en hacer esos esfuerzos por ligarse de nuevo á Dios, cuando de Él se aparta el hombre, y en tener cuidado de que no se rompan ni aflojen los lazos que con Dios nos unen, consiste, como vulgarmente se dice, tener religión y practicarla.

Pero hay en el mundo cierto número de almas dichosas á quienes da Dios una luz especial para conocer-

le; con esa luz distinguen prácticamente que Dios es nuestro primer principio y último fin; ven en Él el centro de la felicidad y dicha eterna; vislumbran en la divina esencia el foco del amor inextinguible; se sienten atraídos de un modo extraordinario hacia ese abismo de bondad: y para no separarse nunca de ese bien inefable, doblan y redoblan los lazos, no se contentan con esos vínculos generales que unen con Dios á todos los Cristianos; quieren estar más estrechamente unidos á su Dios; y lo abandonan todo, y se ligan y religan con un lazo y otro lazo, con un voto y otro voto, viniendo á ser llamados por esta razón con el nombre de religiosos, nombre que designa á la persona que lo lleva, como ejemplar y modelo de la virtud de la Religión.

La religión, pues, como denota la palabra por sí misma, es ó debe ser la virtud propia, la gran virtud del religioso; y de aquí la necesidad que él tiene de conocer á fondo esa virtud con cuanto á ella se refiere. Según Santo Tomás, la religión es la virtud que rinde á Dios el culto que se le debe, como á primer principio de todas las cosas; culto que cae bajo la razón de deuda y de justicia, porque esta virtud manda dar á cada uno lo suyo. Mirada la religión desde este punto de vista, es la primera de las virtudes morales, con la cual se paga á Dios la inmensa deuda de gratitud que tenemos contraída con Él, por ser nuestro Creador, nuestro Conservador, nuestro Redentor, nuestro Salvador, nuestro Justificador, y nuestro Glorificador. Pero, ¡ay! ¡cuán mal pagan los cristianos esta deuda! ¡qué poco y qué mal se practica hoy en el mundo esta virtud de la religión! Hombres hay tan desagradecidos que olvidan y desconocen los beneficios de Dios, ó conociéndolos, ofenden á su Hacedor, con la más fea y más horrible de las ingratitudes; hombres que, ofuscados por las

pasiones parece que han descendido de la esfera de los seres inteligentes y racionales, puesto que niegan al Creador el culto y homenaje que le son debidos, conculcando así los sacratísimos deberes de la justicia y los más claros principios de la razón.

Hay otra clase de personas tan numerosa como la anterior, que conocen á Dios, le tienen por Padre y no le niegan en teoría los derechos que sobre ellas tiene; mas ¡ay! que en la práctica esas personas se acuerdan muy poco de Dios, le escatiman y regatean sus derechos, y le rinden vasallaje puramente externo ó poco menos, culto de simple ceremonia, que no llega muchas veces á satisfacer la deuda de estricta justicia que con Dios tenemos contraída; y éstos que así se portan, son, con raras excepciones, los que pasan en el mundo por buenos cristianos. Hay, por último, otra clase de personas escogidas, que penetradas del fin de su creación y del objeto con que Dios las ha colocado en este mundo, sacan las consecuencias prácticas de estos luminosos principios, ponen por la primera de sus obligaciones la de servir á Dios, y le dan el culto que Él merece y que nosotros le debemos por infinitos títulos. A este último número pertenecen los religiosos, que por su estado se obligan á realizar perfectamente en sí mismos la definición de la virtud de la religión; y cuando ellos son efectivamente tales cual su nombre indica y su profesión requiere, entonces son objetos de complacencia para Dios; son pueblo suyo, y gente santa, en frase del apóstol San Pedro.

Partiendo, pues, de este principio, examinemos ahora por partes la deuda sagrada que con Dios tenemos. Ante todo, el hombre debe á Dios el culto soberano de latria que es propio únicamente del Dios vivo y verdadero. En segundo lugar, le debemos obediencia formal de todo lo que exige de nosotros, en todo lo que

ordenan sus leyes justísimas y sacrosantas, ya lo manden bajo pena de pecado y condenación eterna, ya lo prescriban sin esta pena y rigor. En tercer lugar, le debemos todo lo que podemos hacer por su gloria y en su servicio, aunque Él no lo mande bajo ninguna pena, porque todas nuestras obras, palabras y pensamientos le son debidos por el solo título de Criador; pues que bajo todos los conceptos posibles Él es nuestro Señor y nosotros sus siervos, Él nuestro Hacedor y nosotros hechura de su mano poderosa. Es verdad que en el lenguaje católico se llaman obras de supererogación, aquellas que Dios no manda expresamente, como son los consejos evangélicos, dejados por Él á la libre elección y práctica de los fieles; pero en realidad de verdad, miradas las cosas como son en sí, y con relación á lo que merece la Majestad infinita de Dios, no existen tales obras de supererogación, porque no puede haber por nuestra parte ningún acto de adoración, que á Dios no sea debido. ¡Nó! Por mucho que el hombre haga por su Dios, nunca hará tanto, nunca obrará tan abundantemente que pueda pagar por entero su deuda, y satisfacer cumplidamente la obligación que para con Dios tiene. Siempre, por más que haga, se verá alcanzado en la cuenta divina; siempre será deudor á su soberano y eterno Señor. Por esto nos dice Jesucristo en su evangelio, que, después que hagamos cuanto nos sea posible en obsequio de nuestro Padre celestial, nos pongamos en su presencia y humildemente digamos: Siervos inútiles somos: lo que debimos hacer, eso hicimos. (Luc. 17).

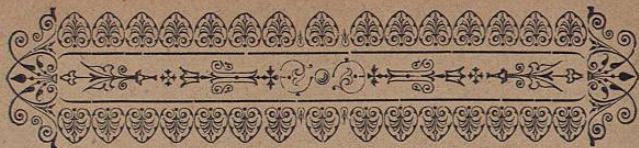
Eso significa también la palabra *justo*, nombre con que distinguimos á los santos y siervos de Dios que han trabajado mucho por su gloria y han hecho por su amor obras heroicas, superiores á las fuerzas humanas; y esa palabra *justo* indica que todo lo que hicieron no fué más que cumplir un deber de estricta justicia, y aun

se quedaron cortos. Y si no, hagamos la prueba. Imaginemos un hombre que hubiera trabajado por la gloria de Dios tanto como todos los apóstoles, que hubiera sufrido por su amor tanto como todos los mártires, que reuniera en sí la pureza de todos los vírgenes y los valiosos servicios que han hecho á Dios todos los santos; este hombre con tantos méritos y tantos servicios ¿pagaría superabundantemente la deuda contraída con Dios? ¡Nó, de ningún modo! Él, como todos los demás, se vería obligado á exclamar: Siervo inútil soy; no hice más que lo que debía. Ese hombre con tantos trabajos, tantos sufrimientos, y tanta santidad, no sería más que un *justo*, es decir, un hombre que ha llenado un deber de justicia. Pues, si tantísimo debemos á Dios, que es imposible pagarle, ¿qué hacen en el mundo esos cristianos ingratos que no se cuidan siquiera de pagar á su divino Acreedor una partecita de la deuda? Y ¿qué hacen en el claustro esos religiosos tibios ó relajados que creen hacer mucho por Dios, mortificándose un poco, nada, una miseria, y cumpliendo mal con las prácticas de la vida religiosa? ¿Qué hacen esos religiosos que rompen y quebrantan los sacrosantos lazos que con Dios los unían? ¿Cómo pueden llamarse religiosos los que rompen ó desatan las ligaduras que los tenían como atados y unidos á su Hacedor? ¿Cómo no se le cae la cara de vergüenza á la persona que se oye llamar *religioso ó religiosa*, y ve que no está religada, ni ligada á Dios por los vínculos sobrenaturales, sino desligada por la culpa, que rompe los preciosos lazos que con su Dios le unían? Una de dos; ó ser religioso, ó dejar ese nombre; ó vivir religiosamente ó no engañar al mundo, llamándose lo que no es; y digo al mundo, porque á Dios no se le engaña, y ante sus ojos no es religioso el que está de Él desligado, por haber roto los vínculos que á Él le unían.

De aquí, mi querida Margarita, la necesidad que tenemos de mirar por nosotros mismos, para que no se rompan, ni siquiera se aflojen, los lazos que nos ligan con Dios y nos hacen religiosos; de aquí la necesidad de hacer por Dios cuanto podamos, para pagarle algo de lo mucho que le debemos; y de aquí, por último, la conveniencia de convertir en actos de religión todos los de nuestra vida, y además conferirle á cada uno un mérito muy especial por el voto de obediencia. Tal vez así podamos de algún modo, y hasta donde alcancen nuestras fuerzas, pagar la más sagrada de nuestras deudas; porque nadie en el mundo se encuentra en tan ventajosa posición como nosotros para pagar á Dios el culto que se le debe, y por eso mismo debemos esforzarnos más en dárselo, puesto que estamos más obligados.

Mucho más puede decirse sobre el nombre de religioso y su virtud característica incluida en ese nombre; pero lo dicho basta para conocer con cuánta razón te dije al principio que esa palabra la pronuncian muchos y la conocen pocos, aun entre los mismos que con ella se nombran. Otro día, Dios mediante, continuaremos por el camino comenzado, porque hoy mis obligaciones me llaman á otra parte. Adios, pues, y pídele mucho al divino Corazón por tu afectísimo P. en Cristo,

FR. A.



XIII

EL SACRIFICIO DE LA CRUZ Y EL DE LOS VOTOS

Christo confixus sum cruci.

Clavado estoy con Cristo en la
cruz.

GAL. 2. 19.

CARÍSIMA en Jesucristo: En mi anterior te hablé de la virtud de la religión y del nombre del religioso; pero no te dije que la esencia de la religión es el sacrificio, y lo es de tal modo, que donde no hay sacrificio no hay religión verdadera, y donde no hay religión verdadera falta por necesidad el sacrificio. Este es el centro donde van á parar todos los dogmas revelados, á la manera que los radios de un círculo van todos á parar á su centro geométrico. Este es el mar insondable á donde van á parar todos los rios de gracias que se desprenden de las divinas alturas, y de él se elevan otra vez hacia Dios convertidas en suspiros de gratitud y ecos de alabanza; del mismo modo que las aguas recogidas en los mares se elevan al cielo convertidas en vapor, para volver de allí á fecundizar

la tierra. El sacrificio lo definen los teólogos diciendo que es una oblación externa, legalmente constituida, hecha á Dios por su verdadero ministro, mediante la destrucción de aquello que se le ofrece en reconocimiento del supremo dominio que Él tiene sobre nosotros y nuestras cosas, como Creador y dueño soberano del universo.

Varios sacrificios se usaban en la antigua ley, pero los más universales y casi los únicos eran sin duda los sangrientos. Las historias sagrada y profana nos pintan al levita de Israel degollando la víctima sagrada; al sacrificador griego y romano ofreciendo á Júpiter en sangrientas hecatombes la sangre de cien becerros; al druida del galo y del germano empuñando la hoz sangrienta destinada á segar el muérdago sagrado, y á cortar la cabeza de la víctima que se había de ofrecer en sacrificio á sus terribles dioses, siempre sedientos de sangre humana; al sacerdote de los antiguos imperios de América, inmolando cada año millares de víctimas humanas para aplacar la cólera de sus mentidas deidades; al pontífice de los ídolos, ofreciendo en las naciones primitivas al implacable Moloc las carnes de niños inocentes que eran quemadas en ardientes hornos; y hoy mismo en los desiertos de Africa y en los bosques de la Oceanía, allá á donde no ha llegado la luz del Evangelio ni la noticia del sacrificio inmenso del Calvario, ofrecen también, no sabemos á qué falsa divinidad, la sangre de seres humanos. De modo que la institución de los sacrificios humanos y sangrientos ha sido universal y común á todos los pueblos que caen al otro lado de la cruz, y á los que no tienen aún noticia de la víctima preciosa que se inmoló por todos en la cumbre del Gólgota.

Esto acontece, mi buena Margarita, porque todos los hombres de todos los tiempos y de todos los países

han creído siempre que el Creador estaba indignado contra la raza humana, por aquella primera culpa que trastornó la armonía de la Creación; siempre han creído que la fea mancha de aquel primer pecado nos había contaminado á todos los mortales; que esa mancha no podía ser lavada, sino con sangre y con sangre inocente derramada en sacrificio, y que ese sacrificio podía aplacar la cólera celeste y hacernos salvos á todos. Pero ¿quién enseñó á los hombres tan altas verdades? ¿Quién les hizo comprender que la sangre derramada por venganza mancha, y la sangre derramada en sacrificio purifica y salva? ¿Quién enseñó á los mortales ese secreto misterioso escondido en la sangre por una causa más misteriosa todavía? ¿No la ciencia ni la razón! porque éstas lo mismo descubren en la sangre derramada de un modo que de otro; y por lo mismo para explicar ésto hay necesariamente que acudir á la revelación y á las tradiciones del género humano. Porque fundándose, como se funda, el sacrificio en la virtud purificante de la sangre que en él se derrama, virtud que está allí escondida por una causa misteriosa superior á los alcances de la razón y de la ciencia, resulta claro que esa virtud debió adquirirla la sangre antes que fuera derramada en sacrificio la vez primera; y como los sacrificios sangrientos vienen establecidos desde los tiempos de Caín y Abel, se sigue evidentemente que esa virtud es anterior á los primeros hijos de Adán, y por consiguiente contemporánea de aquel trágico suceso que la Escritura llama prevaricación del hombre.

Con esa prevaricación y su tremendo pecado quedó estragada en Adán la naturaleza humana, corrompida su carne y su sangre, y con ella la de todos sus descendientes; por lo cual procedía en ley de justicia que se diera contra toda la humanidad sentencia de

condenación y exterminio. Así se hubiera hecho ciertamente, si la misericordia de Dios no ataja el paso á su justicia, prometiéndole al hombre caído un libertador que rompiera la cadena de su culpa y lo redimiera. Esta promesa puso al Redentor inocente en lugar del hombre culpable y suspendió la sentencia condenatoria hasta que viniera el Cordero de Dios á ofrecer su sangre en sacrificio por los pecados del mundo. Entre tanto que esa víctima preciosa venía á la tierra, Dios exigió del hombre el sacrificio conmemorativo ó simbólico, que figura el de la Víctima eterna que con el precio de su sangre había de redimir á la humanidad cautiva; y por eso Abel comenzó á ofrecer á Dios en sacrificio la sangre de sus corderos.

Pasando esta tradición de padres á hijos, se fué poco á poco oscureciendo y desfigurando, hasta tal punto, que del vago recuerdo de una culpa primitiva que se había de lavar con sangre, sacaron los hombres la horrible consecuencia de que era preciso ofrecer á los dioses en sacrificio la sangre misma del hombre. El sacrificio dejó de ser simbólico para ser real, y el más fuerte mataba al más débil para ofrecer su sangre en sacrificio, convirtiendo así á la tierra en un lago de sangre. Cuando esto hacían los paganos (y lo hacen hoy todavía) no hacían ni hacen otra cosa que confirmar con sus sacrificios las tradiciones bíblicas: esto es, creer en una culpa primitiva que irritó á Dios contra el hombre; creer que esa ira divina debe ser desarmada por el hombre prevaricador; que el hombre prevaricador puede desarmar esa cólera celeste mediante la efusión de sangre; y que esa sangre derramada en sacrificio tiene virtud para satisfacer por todos, aplacando la ira divina y borrando la culpa que la irritó. Todos estos dogmas suponen los sacrificios sangrientos, y creyéndolos, la gentilidad estaba en lo

cierto; pero en lo que lastimosa y neciamente se equivocaban era en suponer que podía hallarse entre los hombres una víctima tan pura, tan santa, tan inocente y meritoria que su sangre pudiera aplacar á Dios, borrar el pecado y satisfacer por todos. Aquí estuvo su grande error, porque esa víctima tan sagrada que ellos buscaban no podía producirla la tierra; de otra parte nos había de venir. Y en efecto, rasgó los cielos, vino á la tierra, tomó en ella un cuerpo perfectísimo para poder sacrificarlo, unió á la humanidad con la divinidad, y así, siendo hombre pudo pagar por los hombres, y siendo Dios, pudo satisfacer cumplidamente á la justicia divina.

Vino al mundo la víctima preciosa y, desde el sepulcro, toda su vida fué un sacrificio continuado; pero ese tremendo sacrificio se consumió entre indecibles dolores sobre el ara de la cruz, derramando el mansísimo y divino Cordero hasta la última gota de sangre que en su corazón tenía; y desde entonces, los que más han participado de ese sacrificio han sido los más santos, los más purificados, los más favorecidos. Por ese sacrificio alcanzan hoy victoria todos los que vencen, y esfuerzo todos los que combaten, y misericordia todos los que la buscan, y refugio todos los que lo piden y alegría todos los tristes, y consuelo todos los que lloran, y pureza todos los castos, y justicia todos los justos, y santidad todos los santos. Pues bien, de ese divino é inefable sacrificio participa el buen religioso en tanto grado, que su vida es una verdadera crucifixión, de tal manera, que nadie como él puede decir con verdad estas palabras del Apostol: "Clavado estoy en la cruz con Cristo.", *Christo confixus sum cruci.* (GAL. 2. 19.)

Tres clavos fijaron á Cristo en el santo madero y otros tres clavos (los de los votos) fijan al religioso en

la mística cruz de su estado. Cuando él como víctima voluntaria se prepara el sacrificio durante el noviciado, no hace, por decirlo así, otra cosa que tomar la medida y labrar la cruz en que libremente se ha de ofrecer á Dios en holocausto. Llega la hora de consumir el sacrificio, llega el momento de la profesión, y los tres votos le clavan en esa cruz con tal perfección, que puede repetir de nuevo con el Apostol: "Acaba de ser crucificado el hombre viejo:., *Vetus homo noster crucifixus est.* (ROM. 6.) Y crucificado así el hombre viejo, nacido según el terreno Adán, ya no debe vivir en él más que el hombre nuevo, nacido, según el Adán celeste; ya no debe vivir en él más que Jesucristo, para poder decir como San Pablo: "Crucificado estoy con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí.,"

En esta mística crucifixión del religioso, hay también muchos puntos de contacto y semejanza con la de Jesucristo; porque al religioso no le crucifican sus culpas, sino el amor, no le mueve á vivir crucificado su propio provecho, sino la gloria de Dios y el bien de las almas; así como al Salvador no le pusieron en cruz sus culpas, sino las ajenas, no su provecho sino el de las almas, no su gloria, sino la de su Eterno Padre. Los clavos cosieron las manos y los pies del Redentor con la cruz de tal manera, que ni podía moverse, quedando así á la voluntad de sus crucificadores; y el religioso desde el momento que profesa, se queda también en tal sujeción que no puede moverse de una parte á otra sin permiso de sus superiores. Los clavos que abrieron los pies y manos de Jesucristo echaron fuera con violencia, á los golpes del martillo, cuanto encontraron al paso; y los votos en el buen religioso, arrojan también y echan fuera todo afecto desordenado que le impida vivir en continuo sacrificio. ¿Qué más diré? Los

clavos traspasaron los miembros de Cristo de tal modo, que suspendido su cuerpo en la cruz sobre tres puntos á cual más doloroso, esa posición violenta hubo de causarle un sacrificio continuo y universal en todo Él; y algo parecido acontece en la vida religiosa, donde los tres votos colocan al hombre en posición tan violenta á la flaca naturaleza, que le produce un martirio universal que se ha de alimentar continuamente con el fuego de la mortificación. Finalmente, los clavos unieron á Cristo tan estrechamente á la cruz que, humanamente hablando, no podía desclavarse ni desasirse de ella. Y los votos solemnes ó perpétuos clavan al religioso de tal suerte á la cruz de su estado, que le es imposible desclavarse ni desasirse de ella. Así clavado se halla suspendido entre el cielo y la tierra, siendo con su sacrificio espectáculo agradable á Dios, á los ángeles y á los hombres.

Pero, ¡ay, querida Margarita! que no todos los religiosos se hallan místicamente crucificados con Cristo, ni están suspendidos entre el cielo y la tierra. Hay algunos que, á fuerza de moverse y tirar han desgarrado las heridas, se han salido de los clavos ó los han roto, han caído á tierra y se arrastran desesperados por el lodo. Hay otros que quieren bajar de la cruz, dejando á Cristo solo padecer en ella. Hay quien se arrepiente de haberse crucificado y quiere ahora en la cruz verse rodeado de comodidades. Hay quien no quiere consumir el sacrificio ni beber la hiel y vinagre, dejándola toda para el Redentor. Hay quien estando en esa cruz no pronuncia de corazón, ni quizá de ningún modo, aquel *¡Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen!* Hay quienes desde esa cruz exclaman: *¡Sitio, sed tengo!* pero no como Cristo, sed de padecer, sino sed de gozar y disfrutar los placeres miserables de este mundo. Hay... pero, ¿á qué proseguir?

Procura tú, hija mía, no ser comprendida en el número de esos religiosos, que después de haber hecho el sacrificio, pierden el mérito de él por su inconstancia y mala voluntad. Aspira cada día á sufrir más por el Esposo divino, crucificado por nuestro amor. Sea tu lema el de la gran Teresa: O padecer ó morir! Sean tus deseos los de Magdalena de Pacis: No morir para sufrir más! O bien los de nuestra Verónica de Juliani: Ni morir ni padecer! que, aunque parezca paradoja, es el martirio más atroz para el alma que ha gustado las dulzuras celestiales del padecer. A vivir, pues, sacrificada, siempre sacrificada! sin dejar por eso de rogar á Dios por este tu affmo. P. en Cristo,

FR. A.